

LA MISION DE LA FILOSOFIA EN EL MUNDO ACTUAL Y LA CRISIS CONTEMPORANEA (*)

La función que la filosofía asume en la solución de la crisis contemporánea, depende sin duda de la solución que demos a un problema previo. ¿Es o no la filosofía una tarea humana necesaria o superflua? Es problema previo, porque si de acuerdo a su esencia misma, puede, o no puede influir en los destinos del hombre individual y de la sociedad de que forma parte integrante, los demás problemas sólo hallarán solución según el sentido de la respuesta.

Es evidente que si para algunas posiciones filosóficas la convicción es optimista acerca de la posibilidad de un influjo positivo de la filosofía en la vida individual y colectiva, en otras se torna discutible y a veces ilusorio ese influjo. Por lo tanto, el destino, la supervivencia misma del saber filosófico corre grave riesgo.

Existe una tradición filosófica según la cual la filosofía permanece ajena a la vida, moviéndose en una atmósfera enrarecida de conceptos ultra abstractos y formales, enteramente alejada de la realidad vital inmediata. Más alejada aún y más remota que la ciencia misma, que si bien se estructura sobre la base de la realidad, se formula en conceptos que la transcriben, y dejan, por ello mismo, escapar de sus redes el ritmo y el colorido fresco y palpitante del torrente vital. Y en

(*) Comunicación al VI Congreso de Filosofía de Buenos Aires, 1959.

segundo término, porque de suyo “aparece” al gran público como enteramente inútil, sin ninguna aplicabilidad a la realidad concreta y fruto, al fin, del ocio puro.

Ostensiblemente heredamos tal valoración de inocuidad o vaciedad, de la vieja tradición que proviene de los contextos aristotélicos, cuando al dar su fe bautismal a su “Filosofía prima”, con aquel énfasis que tanto han declamado y degustado algunos de sus cultores, proclamó: “Todas las artes de que hablamos estaban inventadas, cuando se descubrieron estas ciencias que no se aplican ni a los placeres ni a las necesidades de la vida”. “Nacieron primero en aquellos puntos donde los hombres gozaban de reposo”.

La filosofía nace, entonces, a posteriori de todo saber práctico, sin valor alguno para apoyar al hombre en sus problemas vitales, casi por aburrimiento, sin miraje a su aplicabilidad, ni a su destino.

Tales rotundas afirmaciones, implican negar radicalmente a la filosofía su sentido humano primordial, su función vital dentro del cuadro del saber humano. ¿Cómo el hombre acorralado por urgentes necesidades va a empeñar sus horas y esfuerzos, en perseguir vanos fantasmas que se esfuman como celajes del cielo o espumas del mar?

Mientras la filosofía no pulverice esas tachas de inutilidad, de hacer de ociosos, sin metas tangibles, no podrá penetrar en grandes círculos, ni menos abrogarse la función de ser portadora de soluciones posibles para los momentos de gran crisis y sacudimientos del hombre cargado de problemas. Retrotará aquí y allá el desprecio a sus aportaciones y el anhelo de condenar a sus cultores como seres inservibles que han renunciado a sus tareas ostensibles, para no colaborar en la estructura de un futuro mejor.

¿Es exacto lo afirmado en el socorrido pasaje, al negar el sentido y destino vital del saber filosófico? ¿Ese argüir que nació después de todas las demás ciencias y técnicas? Es indudable que al hacer tan cortante juicio se hace caso omiso del verdadero orden genético-histórico del advenimiento del

pensamiento filosófico. Lo verdadero es que la filosofía es la madre de todo arte y de toda ciencia. Ellas nacieron desprendiéndose de su tronco común. Hoy no es un secreto para nadie, después de los ahondamientos de los historiadores de la filosofía desde Zeller a Mondolfo, que el mito, la poesía, fueron ya filosofía en estado naciente. Que Prometeo no encontró a los humanos muy capaces de defenderse de las inclemencias del tiempo, del hambre, sino en estado menesteroso, sin técnicas ni medios de atender a sus necesidades y ellos ya buscaban el origen de las cosas. También sabemos hoy que hay culturas milenarias con pocas técnicas y mucha sabiduría filosófica. ¿Pero es que lo ignoró Aristóteles? Muy otra cosa consignan otros pasajes no tan coreados de su obra, cuando alude a Hesiodo y los mitos, pues los poetas filosofaban a su modo. ¿Por qué subsistieron tales pasajes contradictorios? ¿Cuáles pierden validez? Evidentemente los primeros, no los últimos.

Sin duda el aristocratismo de la filosofía encuentra bastante asidero en Platón, al instituir en estamento gobernante a los filósofos, conductores ideales, porque habrían visto las esencias o modelos de todas las cosas. Mas no hay que olvidar que *todos los hombres* para realizar sus quehaceres cotidianos, tenían que contemplar la "idea" que presidiría su hacer, desde el zapatero al artesano y artífice, desde el político al general y el sumo sacerdote. De lo contrario sería pernicioso su desempeño.

Mas en Boecio se reencuentra la línea aristotélica y platónica. En sus "Consolaciones Filosóficas", la encumbra una matrona que simboliza la filosofía, envuelta con su pesado manto, visita al prisionero angustiado, para ayudarle a soportar los infortunios. No obstante sus encomios, no logra convencer a sus desilusionados contemporáneos de los valores del filosofar.

Es San Agustín, que retomando el hilo de la bella tradición socrática para quien "una vida sin examen no merece la pena de ser vivida", no está dispuesto a sentir la filosofía co-

mo tarea de ociosos. Cuando alza sus ojos hacia la verdad, y anhela arrojar luz sobre el camino de concreto vivir humano, *necesita* poner su corazón encendido de amor en el saber filosófico. No es un saber que pueda arrojar al borde del camino de su propio vivir. Quiere saber qué es él, cuál es su destino, qué es el mundo y qué debe hacer. Para saberlo tendrá que descender, en actitud inquisitiva hasta sus más recónditas intimidades, y cavar dentro y hondo, para salir luego a contemplar el cosmos todo. La filosofía es la conductora, la que puede auxiliarlo a él y a todo hombre, en el rudo batallar de cada día, despejar incógnitas, indescifrables sin su luz. No. No es saber aúlico de ociosos. El caminante, el hombre caído en la ciénaga de los vicios, puede encontrar en ella su sostén y el principio de elevación hasta las verdades supremas. Y así como Sócrates dialogó con esclavos, artesanos, geómetras, políticos, para abrir su visión estrecha y después de torpedearlos, y con la conciencia de su ignorancia, echarlos a andar en busca de saberes firmes, él interesa a su madre, a sus amigos, a todos sus semejantes, en despejar dudas, y encender el fervor de la búsqueda y el sentido del vivir.

Descartes, el nuevo Agustín de los tiempos modernos, urgido por la demanda real de claridades, se entrega al filosofar. Porque en la *esfera individual*, filosofar es despertar a los problemas, exhibirlos en sus entrañas mismas, buscar soluciones "claras y distintas" metódicamente, gradualmente. Es como dice acertadamente un filósofo contemporáneo: "afrontar con los ojos abiertos el propio destino y plantearse claramente los problemas que resultan de la justa relación consigo mismo, por los demás y con el mundo". Asirse a la tabla de reflexión personal como a precioso salvavidas, para desatar los invisibles lazos que vinculan seres y aconteceres, volver transparentes los enigmas de la vida y el mundo, a partir del yo pensante, alerta.

Si la filosofía fuera hija del lujo ocioso, ¿a qué pedirle despeje incógnitas difíciles? ¿por qué ocurrir a ella en horas angustiosas y de desgarradora duda? Pero si alumbró en la

necesidad misma del hombre que busca el ser de su ser, y es menesterosa de luz penetradora, sedienta de alcanzar lo inaccesible y oculto, vive del esfuerzo y la voluntad de dominarse a sí mismo, a su contorno, está como la razón y el pensamiento en su entraña viva y doliente del hombre, como ansia de verdad y de saber las causas de las cosas, como toda ciencia y todo arte genuino, hay que ir hacia ella.

Y en verdad ¿puede el hombre hacer su vida propia, con autenticidad, con relieve y elevarse a un nivel digno sin reflexionar sobre su ser y sus quehaceres? Sólo el que vive vegetativamente, como la planta, sin aspiraciones superiores, sin inquietudes ideales, puede renunciar a someter todos sus actos al lente del análisis serio. Para tallar su personalidad serena, vigorosa y desenvolver su vida a la altura de las grandes realizaciones valiosas, tiene que cavilar y vigilar, formularse interrogantes tras interrogantes, y “elegir” en las múltiples encrucijadas de la vida. Porque el filosofar le enseñará a distinguir lo transitorio de lo permanente y válido, lo fugaz y lo eterno.

La filosofía es un hacer vital-espiritual, tan indispensable al hombre cabal, como el aire puro, como el agua clara. Nada de lujo o de superfluo. Es vivir en guardia, no en actitud antinatural, sino precisamente es la verdadera técnica vital. Lo insólito, lo inconcebible es no pensar, no medir el sentido de nuestra libertad, adoctrinarnos sobre sus límites y sobre la responsabilidad que nos cabe como seres capaces de autodeterminación y libertad. ¿Acaso sería aconsejable, con el pretexto que dejamos de lado las tareas de la vida para filosofar, embarcarnos para un viaje sin plan previo, sin itinerario delineado y premeditado? Sería lo mismo ser hombre que ser piedra o marchar cual esquife sin timón. Verdad es que la trayectoria vital es imprevisible, “trama de azar y de misterio” diría Dilthey, ¿pero por eso hemos de abandonar-nos a la deriva? Precisamente ese poner hitos, amojonar nuestro sendero, es de seres concientes. Prever, es ver por anticipado, pre-venir o dibujarse el futuro que avanza con firme paso.

Y esa capacidad de ahondamiento es lo que podemos pedir y esperar del saber filosófico, para dar sentido y dirección a nuestra conducta.

Y decirnos con Croce, que si es verdad que todos tenemos algo de poetas, tendremos también algo de filósofos que debemos cultivar con ahinco, para trazar nuestro destino y colaborar en encauzar los destinos de la sociedad de que formamos parte. Claro es que tal hacer no es Filosofía, con mayúscula, ceremoniosa, fría, teórica, sistemática, estructurada metódicamente, sino un elevar a conciencia vigilante nuestras decisiones y los mandatos de nuestra personal visión del mundo y de la vida, buscarles fundamento firme y valedero, proponernos soluciones. No es pues un filosofar en el sentido técnico estricto, sino en el sentido real y concreto del ejercicio de imaginar y construir, con los ladrillos de la reflexión consciente, el edificio de nuestro ser personal y original. Medir el ritmo del hacer, reajustarlo a aquellos fines más altos y valederos propuestos a nuestra voluntad libre.

En la esfera ética de la vida individual, filosofar, reflexionar, será elegir dentro del mundo limitado no el sendero fácil sino el rudo laborar para construir con los demás el porvenir mejor. Aspirar no sólo a vegetar, sino a bañarnos en el río de la actividad noble y elevada cada jornada. Huir del enfoque prosaico, del hacer indigno de perduración y trascendencia, ya que queremos elegir nuestro personaje entre los grandes no entre los anónimos de la muchedumbre innúmera.

Que si es verdad que cada cual, ante sí mismo, despliega sus razones o sin razones de su actuar, aquel avezado en la autocrítica, desecha las insignificantes e intrascendentes; se obliga a escoger las nobles. Y ese descurrir, es dialéctica viva, interior e inexpressa mil veces, pero que exhibe cómo ese interiorizarse y recogerse en sí mismo es urdimbre connatural al ser del hombre. Porque el hombre dialoga y discierne; realiza sus estimaciones y efectúa sus acciones bajo la vigilancia del ojo interior de su conciencia íntima. Medita espontáneamente, ejercita sus capacidades de fundar y discernir, justiprecian-

do ante sí sus haceres y decires. Va tejiendo la madeja de sus inquietudes. Lo diferencia del filósofo estricto y sistemático, del pensador filósofo, solamente la necesidad que urge a éste comunicar a los demás sus reflexiones. Pensar en voz alta, dictar al papel sus pensamientos, objetivarse. Este siente esa demanda como necesidad incoercible, porque siente realizarse a través de ella, para guiar a los demás. Pero la filosofía siempre es Maestra guiadora, implícita en la naturaleza misma del ser como el ser de su mismidad. Por eso el filosofar es rector de los destinos humanos.

En la *esfera cultural*, hoy, como en todas las grandes crisis culturales de una profundidad y extensión como pocas veces se ha visto en la historia de occidente, desde que hoy abarca todo el universo, la filosofía debe asumir un rol guiador y debe ser no sólo quien haga el diagnóstico acertado y exhaustivo de la enfermedad de la cultura, sino quien señale el tratamiento para recobrar su lozanía. Nadie como ella para auscultar el corazón enfermo de la humanidad y su obra —la cultura— y señalar sus llagas, comenzando por apuntar los gérmenes del mal en la íntima estructura del hombre individual que no sabe descender tanto como debe a su intimidad radical. ¿Cómo no estar enferma la sociedad que forma?

Apenas si hay dominio cultural que no sea capaz de recibir un soplo bienhechor y fructífero de la filosofía, pues ella hila con hebras inéditas la trama de las posibilidades novísimas de un sector rezagado de la cultura, por falta de iniciativa y autoerítica. O deslinda por sí sola sus máximas posibilidades, revisando hasta el fin sus supuestos, métodos, objetivos, conclusiones. Y si lo hace ya está haciendo filosofía.

Sólo la filosofía puede señalar nuevos horizontes al hacer histórico, a la crítica literaria, al arte, a la técnica, a la lingüística, a la estética, a la psicología, a la ética, a la sociología. Ella puede plantar el banderín de avance hacia la "terra incógnita" otear el perfil de los tiempos nuevos. Sindicar lo transitorio y falaz, apartar lo fútil y desviado, a veces mortífero para la cultura toda, y empeñar los esfuerzos

mejores del hombre y la sociedad. Puede, como Platón dijera: "Imprimir al alma un movimiento que la eleve desde la luz tenebrosa que la rodea hasta la verdadera luz del ser —y del conocer—".

La verdadera filosofía es quien desciende hasta la raíz irracional de la razón, hasta el impulso afectivo y el instinto animal, para ejercer su función revisora y equilibradora. Plantearse el problema de la libertad, su esencia y posibilidades, límites. Y el problema de la libertad ¿dónde no tiene parte? El Derecho, la Economía, la Antropología, la estructura del Estado, muévense dentro de su órbita, para determinar su aplicabilidad, su forma de vivirla sin herirla, porque sin ella no hay ni cultura, ni eticidad, ni derecho, ni arte, ni hombre pleno.

Y es que siempre que se vea el hombre y la sociedad en trance de develar los hilos invisibles y secretos que atan hacer y acontecer, en todas las relaciones humanas, tendrán que acudir a los estrados de la filosofía queriendo o sin quererlo, como juez último y definitivo.

En la *esfera de la ciencia* no podremos prescindir a paladar. La filosofía no es una disciplina particular cuyos límites podemos delimitar y amojonar. Ella se introduce insensiblemente. El ejemplo nos lo dan los insignes ingenios de todos los siglos, quizás los arquetipos de la actividad inquisitiva. Ha llegado un momento que sin sentir, han trabado tan hondo contacto con los temas filosóficos, en cuanto han intentado fundamentar el propio saber, y empujar la ciencia de su especialidad hasta el límite de sus posibilidades. Y han visto avanzar la ciencia, pero a su vez internarse ellos en los dominios de la filosofía. Porque la filosofía no se mueve en atmósfera enrarecida e imposible de penetrarse, sino que transita por los mismísimos senderos del inquirir y bucear, como todo saber científico, nada más que quizás a mayor profundidad o alturas, para atrapar la raíz de la raíz de todo y en todo.

Y si los empíricos del siglo XIX pudieron pretender

apartarse de la Filosofía para mejor cultivar el orto de la ciencia, separando sus fronteras, la mayor madurez epistemológica actual, permite reparar hasta qué punto fueron infieles a su intento. Hoy el "empirismo lógico" del Círculo de Viena, ha empeñado su acción en sentido paralelo y antometafísico, pero se ata concientemente a la lógica, ciencia filosófica, al fin.

¿Hasta dónde es filosofía? ¿Hasta dónde es ciencia pura? Hay zonas del saber que mal podríamos llamar filosóficas puras, aunque tampoco científicas puras. ¿Qué ocurre en el problema del determinismo e indeterminismo, o en el de la indeterminación o determinación de acuerdo a fines? Físicos, biólogos, moralistas, filósofos del derecho y la economía se enfrentan al tema. Lo estudia la ontología crítica, la antropología filosófica. ¿Es privativo de una, o todas están pisando subsuelo filosófico? ¿Pueden abstraerse a la filosofía? Y entonces, ¿dónde está, eso que llamáramos "inutilidad" de la filosofía? Su función es real y valedera para el mundo actual y una puerta de salvación para sus graves problemas.

CELIA ORTIZ DE MONTOYA

Rivadavia 315 V., Paraná

